

rando de su lado por los caballos que Juan arrastraba del otro.

Este trío formaba el más lúgubre y ruidoso de los conciertos.

En fin, la lucha debía tener un término. El vizconde Juan, fatigado, hostigado, fuera de sí, alargó al defensor de los caballos tan ruda puñada, que fué éste rodando por la charca en medio de los patos y los gansos espantados.

— ¡ Socorro ! gritó. ¡ Que me matan ! ¡ al asesino !

Entretanto, el vizconde, que parecía comprender el valor del tiempo, se apresuraba á enganchar.

— ¡ Socorro ! ¡ que me matan ! ¡ al asesino ! ¡ Socorro, en nombre del rey ! continuaba gritando el maestro de postas, tratando de que acudiesen los dos palafreneros embobados.

— ¿ Quién pide socorro en nombre del rey ? exclamó de súbito un caballero que entró á galope en el patio de la casa de posta, y paró su caballo espumando de sudor sobre los actores de la escena.

— ¡ El señor Felipe de Taverney ! murmuró Gilberto agazapándose cuanto pudo en el fondo del carruaje.

Chou, que no perdía nada de cuanto pasaba, oyó el nombre de aquel joven.

XX

El vizconde Juan

El joven teniente de los gendarmes-delfines, pues era él, saltó de su caballo, al aspecto de la extraña escena que comenzaba á reunir al rededor de la casa de posta á todas las mujeres y chiquillos del pueblo de La Chaussée.

Al ver á Felipe, el maestro de postas fué, por decirlo así, á echarse á las rodillas de aquel inesperado protector que la Providencia le enviaba.

— ¡ Caballero oficial ! exclamó, ¿ sabe usted lo que pasa ?

— No, respondió friamente Felipe ; pero me lo dirá usted, amigo mío.

— Y bien ; quieren tomar á la fuerza los caballos de la señora Delfina.

Felipe aguzó las orejas como á quien anuncian una cosa increíble.

— ¿ Y quién es el que quiere tomar los caballos ? preguntó.

— Ese caballero, dijo el maestro de postas.

Y señaló con el dedo al vizconde Juan.

— ¿ El señor ? repitió Felipe.

— ¡ Eh ! ¡ diablo ! Sí, yo mismo, dijo el vizconde.

— Usted se equivoca, dijo Taverney sacudiendo la cabeza ; es imposible ; ó el señor está loco, ó no es un caballero.

— Quien se equivoca en ambos puntos, es usted, mi querido teniente, dijo el vizconde. Está uno en sano juicio, y se apea de las carrozas de S. M., mientras vuelve á subir en ellas.

— ¿Cómo, estando usted en su cabal juicio y apeándose de las carrozas de S. M., se atreve usted á echar la mano á los caballos de la Delfina?

— Primeramente, hay aquí sesenta caballos, y S. A. R. no puede emplear más que ocho; por consiguiente, grande sería mi desgracia, si, cogiendo yo tres al azar, cogiese precisamente los de la Delfina.

— Cierto es que hay sesenta caballos, dijo el joven oficial; también lo es que S. A. R. no emplea más que ocho; pero eso no impide que todos esos caballos, desde el primero hasta el sesenta, sean de S. A. R., y usted no puede admitir distinción en lo que compone el servicio de la princesa.

— Sin embargo, usted ve que se admite, respondió con ironía, puesto que tomo este tiro. ¿Tengo de ir yo á pie, cuando unos bribonzuelos de lacayos corren con cuatro caballos? ¿Cuerpo de Cristo! Que hagan como yo, que se contenten con tres, y aun tendrán de sobra.

— Si esos lacayos van con cuatro caballos, caballero, dijo Felipe extendiendo el brazo hacia el vizconde para hacerle seña de no obstinarse en la vía en que había entrado, es porque así lo ordena el rey. Así, tenga usted á bien mandar á su lacayo que vuelva esos caballos adonde los ha tomado.

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta firmeza como urbanidad; y á menos de ser un miserable, preciso era responder á ellas cortesmente.

— Tal vez tendría usted razón, mi querido teniente, en hablar así, respondió el vizconde, si estuviese comprendido en su consigna el cuidar de estos animales; pero no sé yo todavía que los gendarmes-delfines

hayan sido promovidos al grado de palafreneros. Cierre usted, pues, los ojos, mande usted á su gente que haga lo mismo, y, ¡ buen viaje!

— Usted está equivocado, caballero; sin haber sido promovido ó descendido al grado de palafrenero, lo que hago en este momento está en mis atribuciones, porque es la misma señora Delfina quien me envía delante para cuidar de los relevos.

— Eso es ya otra cosa, respondió Juan: pero permítame usted que le diga que en ello hace usted un triste oficio, señor oficial, y si es así como la joven dama comienza á tratar al ejército.

— ¿De quién habla usted en esos términos? interrumpió Felipe...

— ¡Eh, con mil diablos! de la austriaca.

El joven oficial se puso pálido como su corbata.

— ¡Se atreve usted á decir, caballero!... exclamó.

— No solamente me atrevo á decir, sino que me atrevo á hacer, continuó Juan. Vamos, Patricio, enganchemos, amigo mío, y despachemos porque tengo prisa.

Felipe cogió el primer caballo por la brida

— Caballero, dijo Felipe de Taverney con sosegada voz, usted tendrá la bondad de decirme quién es, ¿no es verdad?

— ¿Le interesa á usted saberlo?

— Me interesa.

— Y bien; soy el vizconde Juan Dubarry.

— ¿Cómo! ¿es usted hermano de aquella?...

— Que hará que se pudra usted en la Bastilla, señor oficial, si añade usted una sola palabra.

Y el vizconde se lanzó dentro del carruaje.

Felipe se aproximó á la portezuela.

— Señor vizconde Juan Dubarry, me hará usted el honor de apearse, ¿no es verdad?

— ¡ Pues me gusta la petición ! Tiempo me queda, respondió tratando de cerrar la puerta del coche.

— Si tarda usted un segundo, replicó Felipe impidiendo con la mano izquierda que se cerrase la puerta, doy á usted mi palabra de honor de que le atravieso el cuerpo con mi espada.

Y con la mano derecha que tenía libre, desenvainó la espada.

— ¡ Pero qué significa esto ! exclamó Chon. ¡ Un asesinato ! ¡ Renuncia á esos caballos, Juan ; renuncia !

— ¡ Ah ! ¡ usted me amenaza ! dijo exasperado el vizconde, cogiendo á su vez la espada que había puesto en la banqueta delantera.

— Y á la amenaza seguirá el efecto, si tarda usted un segundo, ¿ lo oye usted ? dijo el joven oficial blandiendo la espada.

— No partiremos nunca, dijo Chon al oído de Juan, si no ganas á este oficial con la dulzura.

— No hay dulzura ni violencia que me haga faltar á mi deber, dijo Felipe inclinándose con urbanidad, pues había oído la recomendación de la joven. Así, aconseje usted á este caballero la obediencia, ó sino, en nombre del rey, á quien represento, me verá forzado á matarlo si consiente en batirse, ó á prenderlo si lo rehusa.

— Y yo digo que partiré á pesar de usted, dijo furioso el vizconde, saltando fuera del carruaje y sacando su espada al mismo tiempo.

— Eso es lo que vamos á ver, caballero, dijo Felipe poniéndose en guardia y levantando la espada, ¿ está usted ?

— Mi teniente, dijo el sargento que mandaba, bajo las órdenes de Felipe, seis hombres de la escolta, mi teniente, es preciso que.....

— No se mueva usted, le dijo el teniente ; este es un

asunto personal. Vamos, caballero, estoy á sus órdenes.

La señorita Chon lanzaba agudos gritos ; Gilberto hubiera querido que el carruaje fuese tan profundo como un pozo para estar más oculto.

Juan comenzó el ataque. Tenía una rara habilidad en ese manejo de las armas que exige más cálculo aun que destreza física.

Pero la cólera quitaba visiblemente una parte de la fuerza al vizconde. Felipe, por el contrario, parecía manejar la espada como un florete y ejercitarse en una sala de armas.

El vizconde reculaba, avanzaba, saltaba á derecha é izquierda, gritaba, partiendo á fondo como los maestros de regimiento.

Felipe, al contrario, con los dientes apretados, sus ojos dilatados, firme é inmóvil como una estatua, lo veía y adivinaba todo.

Todos guardaban silencio, y miraban ; Chon como los demás.

Durante dos ó tres minutos, siguió el combate sin que todas las fintas, todos los gritos y retiradas de Juan condujesen á nada. Pero también, sin que Felipe, que sin duda estudiaba el juego de su adversario, partiese á fondo una sola vez.

De repente, dió un salto atrás el vizconde Juan, lanzando un grito.

Al mismo tiempo el puño de su camisola se tiñó de sangre y corrieron por lo largo de sus dedos rápidas gotas.

Felipe, reparando un tajo y dando una estocada, acababa de atravesar el antebrazo de su adversario.

— ¿ Está usted herido, caballero ? le dijo.

— ¡ Demasiado que lo estoy, con mil diablos ! gritó Juan palideciendo y soltando la espada.

Felipe la recogió y se la volvió.

— Vamos, caballero, le dijo, déjese usted de semejantes locuras.

— ¡Pardiez! ¡si las hago, bien las pago! dijo enojado el vizconde. Ven pronto, mi pobre Chon. Chon, ven, añadió dirigiéndose á su hermana que acababa de saltar de la carroza, y que corría á darle socorro.

— Me haréis la justicia de confesar, señora, dijo Felipe, que no ha sido culpa mía, y siento en el alma que me hayan arrastrado á tirar de la espada delante de una mujer.

Y haciendo una salutación se retiró.

— Desenganche usted, amigo, y vuelva usted los caballos á su puesto, dijo Felipe al maestro de postas.

Juan enseñó el puño á Felipe, el cual se encogió de hombros.

— ¡Ah! justamente, gritó el maestro de postas. Allí vuelven los caballos. ¡Curtin, Curtin! engánchalos á la silla de posta de este caballero.

— Pero ¿cómo, amo? dijo el postillón.

— Vamos, no hay que replicar, dijo el maestro de postas. Este señor tiene prisa.

— Amado caballero, gritaba el maestro de postas, no se desconsuele usted, que allí vienen tres caballos.

— ¡Bueno! respondió bruscamente Dubarry. Bien pudieran haber llegado media hora antes tus caballos.

Y miraba, dando patadas en el suelo, su brazo traspasado de parte á parte que Chon estaba vendando con su pañuelo de narices.

En este intermedio, Felipe, que había vuelto á montar á caballo, daba sus órdenes, como si nada hubiese ocurrido.

— Partamos, hermano mío, partamos, dijo Chon empujando á Dubarry hacia la silla de posta.

— ¡Y mi árabe? dijo. ¡Ah! por vida del infierno, que estoy en un día de desgracia!

Y volvió á entrar en la silla de posta.

— ¡Otra tenemos! dijo percibiendo á Gilberto. ¡Ahora tampoco puedo estirar las piernas!

— Caballero, le respondió el joven, sentiría en el alma el seros molesto.

— Vamos, vamos, Juan, dijo Chon, déjame á mi pequeño filósofo.

— ¡Que suba al pescante, caramba!

Gilberto se ruborizó.

— No soy un lacayo para subir al pescante, respondió.

— ¡Qué tal con el filósofo! repuso Juan.

— Dejarme apear, me apearé.

— ¡Eh, apéese usted con mil diablos! gritó Dubarry.

— No, no os apeéis; poneos enfrente de mí, dijo Chon deteniendo al joven por el brazo, y de ese modo no incomodaréis á mi hermano.

É inclinándose al oído del vizconde:

— Conoce al que acaba de herirte, le dijo.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del vizconde.

— Muy bien, entonces que se quede. ¿Cómo se llama aquel oficial?

— Felipe de Taverney.

En este momento el joven oficial pasaba por cerca del coche.

— ¡Hola! conque está usted ahí, mi pequeño gendarme! gritó Juan. Muy orgulloso está usted en este momento, pero á cada uno llega su vez.

— Eso lo veremos cuando usted guste, caballero, respondió Felipe impasible.

— Sí, sí, lo veremos, señor Felipe de Taverney, gritó Juan tratando de observar el efecto que sobre el joven producía su nombre lanzado así inopinadamente.

En efecto, Felipe levantó la cabeza con una viva sor-

presa, en la que entró un ligero sentimiento de inquietud; pero reponiéndose en el instante y sacándose el sombrero con la mayor gracia del mundo:

— ¡ Buen viaje, caballero Juan Dubarry! le dijo.

Y el coche partió con rapidez.

— ¡ Rayo! dijo el vizconde haciendo gestos. ¿ Sabes que sufro horriblemente, mi pequeña Chon?

— En el primer relevo mandaremos llamar un médico mientras este chico almuerza, respondió Chon.

— ¡ Ah! verdad es, aun no hemos almorzado. En cuanto á mí, el dolor me quita el hambre; tengo sed y nada más.

— ¿Quieres beber un vaso de agua de la Côte?

— Con mucho gusto; dámelo.

— Caballero, dijo Gilberto, si me permitiese usted hacerle una observación.

— Hágala usted.

— Es que los licores son una bebida muy dañosa en el estado en que usted se halla.

— ¡ Ah! ¿ en verdad?

Luego dirigiéndose á Chon:

— ¿ Conque es un médico tu filósofo? preguntó el vizconde.

— No, señor, no soy médico; aunque, si Dios quiere, lo seré algún día, respondió Gilberto; pero en una obra para el uso de los militares he leído que lo primero que debe prohibirse á un herido, es el uso de los licores y del café.

— ¡ Ah! usted ha leído eso. Pues bien, no hablemos más de ello.

— Sólo que si el señor vizconde quisiese dejarme su pañuelo iría á mojarlo en el agua de esa fuente, envolvería en él su brazo, y eso le aliviaría mucho.

— Hágalo usted, amigo mío, hágalo usted, dijo Chon. ¡ Postillón, pare usted! gritó.

Paróse el postillón, y Gilberto fué á mojar el pañuelo en el agua del arroyo.

— Ese muchacho va á molestarnos horriblemente para hablar, dijo Dubarry.

— Hablaremos en patuá, respondió Chon.

— Tentaciones me dan de mandar al postillón marchar y dejarle ahí con mi pañuelo.

— Harías mal, porque puede sernos útil.

— ¿ En qué?

— Ya me ha dado noticias de grande importancia.

— ¿ Sobre qué?

— Sobre la Delfina, y hace un momento has visto aun que nos ha dicho el nombre de tu adversario.

— Pues bien; sea así, que se quede.

En este momento volvía Gilberto con el pañuelo empapado en agua helada.

La aplicación del pañuelo al rededor del brazo del vizconde, le alivió mucho, como lo había previsto Gilberto.

— Á fe mía que tenía razón; me siento mejor, dijo, hablemos.

Gilberto cerró los ojos y abrió los oídos, pero quedó chasqueado, porque Chon respondió á la invitación de su hermano en ese dialecto brillante y vivo, desesperación de los oídos parisienses que no distinguen en el patuá provenzal más que un sonido de consonantes tartajosas hiriendo vocales musicales.

Gilberto, á pesar de lo mucho que se dominaba, hizo un ademán de despecho que no se ocultó á la señorita Chon, la cual, para consolarle, le dirigió una sonrisa hechicera.

Esta sonrisa hizo comprender á Gilberto una cosa; el que tenían consideraciones con él, gusano de tierra. Había forzado la mano á un vizconde honrado con las bondades del rey.

¡ Si le viese Andrea en aquel hermoso carruaje ! Estaba henchido de orgullo. En cuanto á Nicole, ni siquiera pensaba en ella.

Los dos hermanos volvieron á su conversaci3n en patuá.

— ¡ Bueno, exclamó de súbito el vizconde inclinándose á la portezuela y mirando atrás.

— ¡ Qué es ? preguntó Chon.

— El caballo árabe que nos sigue.

— ¡ Qué caballo árabe ?

— El que yo quería comprar.

— ¡ Calla, lo monta una mujer ! ¡ Oh, qué magnífica criatura !

— ¡ De quién hablas... de la mujer ó del caballo ?

— De la mujer.

— Entonces llámala; puede que tenga menos miedo de tí que de mí... daría mil pistolas por el caballo.

— ¡ Y por la mujer ? preguntó Chon.

— Me arruinaría por ella... ¡ Llámala, pues !

— ¡ Señora ! gritó Chon, señora !

Pero la joven, de grandes ojos negros, envuelta en una capa blanca, la frente semivelada por un fieltro gris con largas plumas, pasó como una flecha por la orilla del camino, gritando :

— ¡ Adelante, Djerid, adelante !

— Es una italiana, dijo el vizconde. ¡ Cáspita, qué linda mujer ! Si no me doliera tanto la herida, me appearía y correría tras ella.

— La conozco yo, dijo Gilberto.

— ¡ Cómo es eso ? Parece que este paisanito es el almanaque de la provincia ; conoce á todo el mundo.

— ¡ Cómo se llama ? preguntó Chon.

— Lorenza.

— ¡ Y quién es ?

— La mujer del mágico.

— ¡ De qué mágico ?

— Del barón José Bálamo.

Los dos hermanos se miraron.

La hermana parecía decir :

— ¡ He hecho bien en guardarle ?

— A fe mía que sí, parecía responder el hermano.